

DE ACTUALIDAD

Piel de bolsa

Antes de ahora hemos tenido que cumplir el triste deber—a nadie le gusta hurgar en lacerías públicas—de ocuparnos en eso del juego de azar, del juego prohibido, por la ley y tolerado y hasta reglamentado por las autoridades. Y aun empleado como arma política y de electorería. Y antes de ahora y en estas mismas columnas, hemos aludido a lo que llamábamos la R. Compañía Arrendataria de los Recreos del Reino.

Eso del juego de azar es una de las más hondas podredumbres de este azaroso régimen de negocios bajo que sufre España. Porque los negocios del régimen tienen no poco de juego de azarosos, y el juego es, a su vez, un negocio.

Ahí están esos sedicentes republicanos que nos acusan de transigir con el régimen, de ponernos a su servicio y están ellos sirviéndolo en las timbas y garitos. La tolerancia oficial respecto al juego prohibido ha sido el arma maquiavélica que ha deshecho lo más del republicanismo vocinglero. Hay que ir a Valencia para saberlo.

¿Y lo de Zaragoza? Ahora empieza a escarbarse en el lodazal del juego de Zaragoza. El Sr. Millán de Priego ha empezado a tirar de esa túrdiga de la piel podrida del reino de España. Antes debía haberlo hecho.

Muchas veces hemos oído que los gobernantes, que los ministros de la Gobernación declaraban que no era posible prohibir el juego de azar, atajarlo radicalmente, que no había más remedio que transigir y reglamentarlo. "¿Por qué?"—nos preguntábamos—. "¿Qué fuerza le sostiene?, ¿qué poder le ayuda?" Y pensando en ello llegábamos a la conclusión de que se apoya en un estado patológico que es el que sostiene todo este régimen, régimen de negocios y de materialismo.

Hasta habíamos oído que parte del producto de la tolerancia oficial del juego iba de provincias a Madrid. ¿Para qué atenciones? Desde luego el dinero de las timbas es el que más ha contribuido para ciertas suscripciones que se decían patrióticas, y ¡es claro!, ese patriotismo azaroso estaba en Marruecos y la timba era y es allí la institución más floreciente.

Sabemos de una provincia donde el gobernador civil medió, aunque oficiosa y privadamente, como amigable componedor para que un Casino cediera la explotación de la timba a un cacique político, a un diputado a Cortes que se dedicaba a tan lucrativo y deportivo menester. Lo cual tiene muchas mayores atingencias con el régimen de lo que podía creerse. Un diputado así es un soporte del orden del reino.

¡Negocios y juego, juego y negocios! Todo es lo mismo. Y aquí aquello de "cuando el guardián juega a los naipes, ¿qué harán los frailes?"

Se dijo que en una ocasión en que se hablaba de cerrar el juego de un gran Casino de una vice-corte hubo la amenaza de cerrarse, en represalia, los dos más opulentos hoteles de la corte, que son un gran negocio. Los accionistas debieron recapacitar y poner toda su influencia para atajar el daño.

Lo más desolador es que sean los reptiles de las timbas, los que viven de encubrir el juego de azar o los chantagistas de su denuncia los primeros en constituirse en jurado de las supuestas claudicaciones ajenas. ¿Iba uno a dejar que le erigiera en pendón semejante gentecilla?

¡Podredumbre! ¡Podredumbre! ¡Podredumbre! La piel vieja, el tradicional régimen del reino, está podrido; pero lo que aparece debajo, lo que parece que le substituiría de pronto, también lo está. Y he aquí por qué hoy un hombre honrado no puede adoptar en España ninguno de esos dos contrapuestos motes en que los cucos y los mentecatos cifran nuestra contienda. Y por eso los cucos y los mentecatos tienen que salir defraudados cuando van a que un ciudadano eminente haga una declaración de etiqueta.

Alguna vez se ha hablado de republicanos de S. M. Digamos mejor republicanos de azar o de negocios. De negocios de azar o del azar de los negocios. Y como el Gobierno ha sido el arma que más se ha manejado desde el poder público durante este vergonzoso derrumbe del régimen de despotismo y de clandestinidad bajo que sufre España, nadie cree ya más que en el soborno.

Esto se va, señor, a túrdigas purulentas. Como si fuera poco lo de las

responsabilidades, todas las responsabilidades, del desastre de vísperas de Santiago Matamoros—desastre en que el azar tuvo tanta parte como la fatalidad, si es que ésta y aquél no son lo mismo—ahora se plantea, a través de lo de Zaragoza, otra responsabilidad. El Sr. Millán de Priego parece que ha acusado a un ex ministro de haber dado el estatuto de una reglamentación del juego de azar.

Se dirá que fines de beneficencia... que ese dinero no pasa por mano de las autoridades... que lo administran personas honorables, damas piadosísimas... Con azúcar está peor. O con yodo como sin él, la podre es podre.

Y lo del juego de azar no es, lo repetimos, sino una manifestación de la diátesis general de este corrompido régimen de negocios. La piel del reino es piel de bolsa.

MIGUEL DE UNAMUNO

